



FONDO EMETERIO
VÁLVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

012060

LIBRO IV

—
LA BATALLA.

—
I

EL CUARTEL GENERAL DE VITRIOLO. 3

Amancejó al fin aquel memorable domingo en que había de tener comienzo la ruda batalla de treinta y seis horas que rñeron definitivamente el Bien y el Mal en torno de Manuel Venegas y dentro de su atormentado corazón;—batalla empeñadísima y desastrosa, en que tomaron parte más ó menos activa, directa y justificable, todos los habitantes de la Ciudad, ó sea todos los individuos del gran jurado que solemos llamar "el público."

Vitriolo había citado la noche anterior á su gente "para el toque de d'ana, en la puerta de la botica," y allí estaban, en efecto, desde el amanecer, los que más atrás denominamos "mozalvetes muy mal criados, bien que algo instruidos en materias asaz delicadas".... de que era apóstol y cabeza el pasante de farmacéutico.

También se encontraban en aquel centro ordinario de noticias (y excelente acaudero en tal mañana para seguir las operaciones de Manuel Venegas, cuyo domicilio distaba pocos pasos) otras muchas personas de distinta edad, clase y condición, todas ellas muy afanadas en averiguar ó referir lo último que se sabía relativamente á los pavorosos sucesos que se "veían llegar".... que "eran infalibles".... que hasta "se aguardaban con impaciencia"... y contra los cuales no dejaría de tronar todo el mundo ni de proceder activamente la Justicia, luego que se hubiesen consumado. Las mismas criadas que iban á la compra se acercaban á aquella gran tertulia al aire libre y metían su baza en la conversación, indicando lo que debía hacer cada personaje, "si tenía honor y vergüenza"....

Las más sisadoras y alegres de cascos eran las más implacables y terribles, y repetían punto por punto los juramentos y amenazas que el "Niño de la Bola" pronunció hacía ocho años, terminando toda su arenga con la frase sacramental de: "¡Ahora veremos si hay hombres!"—El propio Alcalde, persona muy digna, discurría allí con la mayor seriedad, sobre si Manuel mataría á Antonio aquella tarde, ó lo dejaría para el día siguiente en la Rifa, inclinándose á que sucedería lo primero.—Un Familiar del Obispo, todavía simple diácono, aunque ya iba para viejo, pero que comenzaba á tener fama de gran teólogo, habíase aproximado á la reunión, como por casualidad, y no perdía palabra de lo que en ello se decía, sin que aun hubiese desplegado los labios por su parte....—En fin, hasta nuestro antiguo amigo, aquel Capitán retirado que ofreció dos pagas á Manuel Venegas la tarde de la célebre Rifa, hallábase entre los curiosos, á pesar de sus setenta y ocho inviernos y gloriosísimos achaques....

El único que faltaba para completar la asamblea, era su presidente nato, el dueño de la casa, el insigne Vitriolo, en-

cerrado hacía media hora en la trasbotica con una especie de bruja, antigua deudora arruinada por Doña Elías Pérez, y actual paniaguada de la casa de Soledad; la misma, según creemos, que la noche anterior fué allí por medicinas para la señá María Josefa.—Los sectarios del farmacéutico, presumiendo sin duda los importantísimos asuntos que podían tratarse en aquella encerrona, guardábanse muy bien de interrumpirla, y, por el contrario, explicaban á los demás concurrentes la ausencia de su maestro, diciéndoles que se hallaba confeccionando un medicamento de todos los demonios para un pueblecillo de las cercanías.—Habíase visto, sin embargo, á Vitriolo salir á la botica á tomar dinero del cajón, y, por cierto, que mientras esto hacía, todos creyeron notar que estaba más feo, más pajizo y más excitado que de costumbre....

En tanto, ya se habían dado y repetido, y comentado hasta la saciedad, muchas y muy interesantes noticias á la puerta del establecimiento.—Sabíase, por ejemplo, que Manuel Venegas entró al fin en su casa la noche anterior, cerca ya de la madrugada, con el caballo jadeando, destrozada la ropa y sin som-

brero, cual si volviese de un espantoso combate: que ese combate debió ser consigo mismo, pues muchos regadores lo habían visto galopar sin rumbo cierto por los sembrados de la vega y por remotos olivares y viñas, como si lo persiguieran invisibles fantasmas: que había hablado con algunos guardas de campo, y dádoles mucho dinero cuando se le quejaban de los destrozos que hacía, oyendo, en cambio, de boca de aquellas gentes, toda la historia de lo ocurrido en la ciudad durante su ausencia: que, tan luego como dejó el caballo, salió otra vez á la calle, á pie, embozado en una larga manta, y se dirigió al barrio de San C., donde el sereno lo vió pasearse delante de la cerrada vivienda de Antonio Arregui, y aun llamar á la puerta.... (¡qué horror!) sin que de adentro respondiesen á sus repetidos aldabonazos..... (¡qué ignominia!) hasta que, ya clareando la aurora, tomó la vuelta de su casa y penetró en ella; con lo que inmediatamente se cerraron sus puertas y balcones, como cerrados seguían en aquel momento....

Lo del "horror" y lo de la "ignominia" fueron exclamaciones involuntarias....

del Teólogo la primera y del Capitán la segunda....

En apoyo del concepto de éste, bien que desvirtuando su oportunidad, agregó entonces un padre de familias:

—¿De qué os asombráis, caballeros? ¡Antonio Arregui es un cobardón, que no se ha atrevido á pasar la última noche en su casa ni aun en el pueblo!.... ¡Antonio Arregui hiyó vergonzosamente ayer tarde, al tener noticias de que llegaba el "Niño de la Bola!"—Yo mismo lo ví salir á caballo, río arriba, á cosa de las cuatro y media, y por cierto que iba muy furioso....

—¡Pues añada usted (expuso una criada) que esta es la hora en que no ha regresado todavía!....—¡Yo vengo del mercado y no está en él, como todas las mañanas, haciendo la compra para sus operarios de la Sierra....

—Señores, ¡seamos justos!.... (exclamó un comerciante, de origen burgalés); ¡Antonio Arregui es incapaz de huir!.... Si se marchó ayer tarde, fué porque recibió aviso de que.... se había roto por varios sitios la acequia que mueve los batanes de su fábrica.... Pero á aquella hora nadie sabía en el pueblo que ese

"Niño de la Bola" se hallaba tan cerca, ni tan siquiera que estuviese en el mundo.

—¡Lo sabía Don Trinidad Muley! ¡Lo sabía la señá María Josefa!—prorrumpieron varios vecinos.

—¡Pues no lo sabía él.... (replicó el comerciante.) Yo le ví al marchar, y sólo pensaba en sus destruidas acequias....

—En fin; apuesto doble contra sencillo á que, tan luego como se entere de lo que ocurre, lo tenemos de vuelta en la población, resuelto á no dejarse avasallar por nadie....—¡Yo conozco á los riojanos!

La conversación entraba en mal camino, y estimándolo así un viejo, de oficio bufolero, que tenía su puesto en la misma plaza, tocó muy oportunamente otro resorte, y contó que aquella misma mañana, antes de la salida del sol, había estado Don Trinidad Muley llamando más de media hora en casa de su antiguo pupilo, sin conseguir que le contestaran, cuál si Manuel, al recogerse pocos momentos antes, hubiese dado orden á Basilia, (la hermana de Polonia) de no abrir ni responder á persona alguna, aunque echasen la puerta abajo....

—¡Me alegro! (murmuró á este propó

sito un discípulo de Vitriolo, dirigiéndose á media voz á sus camaradas)—¡Así no habrá podido ese fanático de misa y ella acobardar con sus letanías al hijo de Don Rodrigo, como lo acobardó la famosa tarde de la Rifa! ¡Temiéndome estoy que el Niño Jesús de Santa María de la Cabeza, represente demasiado papel en este caso de honra! ¡Los curas no perdonan medio de acreditar á sus santos y de hacer negocio!

El buñolero había seguido entre tanto, refiriendo que Don Trinidad Muley, cansado de llamar en balde, se retiró á su casa muy entristecido, no sin lamentarse con todos los transeuntes de que las grandes funciones que lo amarraban aquel día á su iglesia, le impidiesen "prevenir" cualquier mal paso de su querido Manuel, y diciendo con sentidas voces, que esperaba en Dios y en la Virgen, que las buenas almas de la ciudad suplirían su ausencia de algunas horas....

—“¡Prevenir!” (se aventuró á exponer en alta voz otro discípulo de Vitriolo); ¡Eso es contrario á la libertad! ¡Reconozco el lenguaje apostólico, incompatible con la Constitución vigente, por más

que la previa censura sea muy del agrado del actual Ministerio!”

Todos los circunstantes soltaron la carcajada al oír aquella salida de tono, menos el Capitán, que refunfuñó despreciativamente una frase ininteligible, y menos el Familiar del Obispo, que juzgó ya indispensable sembrar allí algunas ideas morales y pacíficas, y lamentó lo mejor que pudo (era vizcaino, como su Ilustrísima, y hablaba mal el castellano) la gravedad del lance que se le presentaba al señor Don Antonio Arregui, “cuando tan bien le iba en su matrimonio; cuando tan contento se hallaba con su fábrica, á donde se le veía ir frecuentemente, acompañado de su mujer, de su hijo y de su suegra; cuando la llamada “Dolorosa” daba muestras de quererle y respetarle tanto, y cuando algún Regidor importante, agradecido á las grandes ventajas que el rico industrial había proporcionado al pueblo, acababa de ofrecerle la vara de Alcalde para las próximas elecciones...”

En este momento apareció Vitriolo en la puerta de su botica.—La bruja se había escabullido por la puerta del patio.

Todos los mozalvetes rodearon al

"maestro," no en ademán de veneración ó cariño, sino de una cínica confianza que rayaba en burla, diciéndole sucesivamente:

- ¡Buenos días, Palodus!
- ¡Buenos días, Espátua!
- ¡Buenos días, Panacea!
- ¡Buenos días, Cerato Simple!
- ¡Buenos días, Papaveris-albis!

Tantos y otros muchos nombres tenía el ayudante de farmacéutico, bien que el público en general hubiese optado por darle el de "Vitriolo."

-¡Buenos días, morralla!—contestó el enemigo de Dios, regalando una repugnante risa de su fea y desaseada boca á los insolentes mozuolos.

Y ni saludó al resto del concurso, ni fué saludado por él.—No podía darse mayor franqueza ni más desprecio recíproco por parte de todos.

Vitriolo tenía veintiocho años; pero manifestaba cuarenta: tan marchita se hallaba su piel, tan calva su frente, tan arruinada su dentadura, tan encorvado su talle, tan turbio su mirar y tan mermada su vista. Sin rayar en monstruo (lo cual hubiera excitado compasión); sin carecer de hechura humana, ni faltarle ningún

remo ni sentido, era de lo más feo que Dios ha creado. Hacía daño á los nervios el extravío de sus ojos; ofendía su sonrisa, hasta cuando procuraba ser cariñosa; causaban náuseas su color de membrillo y su pelo de muerto, aun prescindiendo de su total descuido en cuanto á policía y limpieza. Tenía enormes pies y manos, las piernas un poco torcidas, hundido el tórax, desagradable la voz y apestoso el hálito. Dijérase además que lo vestían sus enemigos, pues su ropa amarillenta y su corbata verde no podían ser menos adecuadas al color de su rostro, por más que estuviesen salpicadas de manchas de toda clase de pringues y unguentos.—Tal era el atrevido personaje que pretendió á la "Dolorosa" después que Manuel Venegas, y antes que Antonio Arregui; tal era el misionero de la incredulidad en aquella población de moros bautizados; tal era el inteligente "mancebo" de la mejor botica de la ciudad, cuyo titular y dueño residía casi siempre en el campo; tal era el "traidor" de nuestro drama.

No bien lo divisó el Familiar del señor Obispo, puso término á su pacífica elegía, y trató de marcharse; pero Vitriolo, que

lo advirtiera, exclamó con su acento burlesco y desapacible:

—Siga usted, señor Don Carmelo.... Por qué se calla al verme? ¿Estaba usted profetizado, como anoche, los milagros que haría esta tarde en la Procesión el "verdadero" Niño de la Bola?—Anoche no le respondí á usted, porque tenía dolor de estómago; pero hoy debo decirle que el "verdadero" Niño es más "supuesto" que el "falso," y, por consiguiente, menos capaz de hacer prodigios.—¡Figúrense ustedes que está esculpido en madera de roble, y que, una vez que le rompió la mano en que lleva el "mundo," se la remendó por una peseta el carpintero de aquí al lado!...

—¡Esto no se puede sufrir! (gruñó el Capitán, pidiendo una silla y sentándose en medio del corro). ¡Yo no sé por qué viene uno á donde se dicen tantas insolencias y majaderías!...

—Tiene usted razón... Yo me voy.... (dijo el Alcalde).—¡Estos diablejos lo comprometen á uno!—Vamos, Martín...

Y penetró en la casa de Ayuntamiento.

—¿Ves? (observó á Vitriolo el llamado Martín, discípulo suyo, muy de notar por lo flamante y moderno de su equi-

po): ¿Ves? ¡El señor Alcalde ha tenido que irse!—¡Dices cosas demasiado fuertes!

—¡Habló Judas! (gritó el farmacéutico).

—¡Camaradas! Ya os lo dije anoche.... ¡Martín nos abandona!—desde que lo han nombrado escribiente del Ayuntamiento se ha vuelto beato!...—¡Hay que expulsario de nuestra comunidad! ¡El mejor día lo vamos á ver dándose golpes de pecho en las iglesias!

—¡Yo no soy beato ni lo seré nunca! (respondió Martín muy amostazado). Lo que nos pasa á todos tus amigos, es que como somos menos feos que tú, no aborrecemos tanto á Dios, y se nos olvidan tus lecciones de impiedad! ¡Si tú no hubieras nacido tan deforme, ya habrías tenido novia, tal vez te hubieras casado con ella, y ¡quién sabe si á estas horas serías el padrasto más creyente, más optimista y más religioso de la ciudad!....—Pero, amigo, eres tan horrible, y te dolerá tanto no haber encontrado todavía una mujer que te escuche, que ¡vamos!... me explico que no estés agradecido al Criador....

—¡Al Criador! ¡Al Criador! (repuso Vitriolo con amarga ironía). ¡Es la prime-

ra vez que te oigo pronunciar esa palabra...—¡Muchachos! ¡os repite que nos vende desde que le han dado ese plato de lentejas!—Paco Antúnez.... Llegas oportunísimamente... ¡Tú, que eres mi discípulo mayor, mi brazo derecho, mi brazo fuerte, mi brazo secular, cerrarás la puerta del Templo (digo, de la trasbotica) á ese caballero escribiente que ya fuma tabaco propio!

—¡Nada me importa no volver por aquí! (replicó el maltratado discípulo): ¡Y ya verás cómo poco á poco se van yendo todos estos incautos á quienes pudres con tus doctrinas!—En cuanto á lo demás, sepan ustedes, señores, que, si "Vitriolo" aborrece tanto á la "Dolorosa," consiste en que estuvo enamorado de ella y recibió calabazas... ¡ó algo peor que calabazas!...

—¡Mentira! (gritó el boticario, hecho un veneno). ¡Fué muy al revés! ¡Yo no la quise, cuando Don Elías me la daba enterrada en onzas!...—Pero bien sabe todo el mundo que soy amigo de Don Antonio Arregui, y que su suegra manda aquí por todas las medicinas.—Por consiguiente, eso que has dicho es una infame calumnia....

—¡Aquel me lo ha contado esta mañana!...—respondió Martín señalando á nuestro Pepito, que asomó en tal momento por un lado de la Plaza.

—¡Aquel?—¡Y quién es aquél?—¡Ah! ¡Pepito! ¡Otro Júdas! ¡otro desertor como tú!—También venía él antes á nuestra reunión, y era de los más calientes contra el bando apostólico!—Verán ustedes cómo ahora pasa de largo, sin mirar siquiera hacia aquí!.... ¡Vendrá de adular al Obispo, á ver si lo hace sacristán!....—Señor Don Carmelo, dígame usted de mi parte á Su Ilustrísima.... ¡Dígale que Pepito no cree en Dios!....—¡Oiga! y ¡qué compuesto sale tan de mañana!...—¡Nada! ¡No nos saluda!—¡Habrá trasto como él!—¡Sin duda irá á pedirle un destino á la forastera del Afrancesado, á esa prima vigésima de un Marqués de mentirijillas, cuyo título no está en la "Guía de Forasteros!"...

—¡Cálmate! (advirtió por lo bajo Paco Antúnez á Vitriolo) ¡Vas á disgustar á todo el mundo!

—¡No me calmo! ¡Estoy harto de padecer! ¡Miren cómo me ha puesto de freccas ese escribientillo, sólo porque dije que el Niño Jesús es de madera!—¡Pues

de madera es! ¡Y, si en lugar de una cruz de plata, hubiese puesto una púa de hierro en la "bola" que llevaba en la mano, tendríamos al "mundo" convertido en un trompo!

—¡No es mucho más grande que un trompo nuestro mezquino mundo, si se le compara con la inmensidad y con el poder de Dios! (exclamó gravemente el teólogo, creyendo que el sesgo del debate le favorecía para hacerse oír).—Si el mundo y el hombre no son de madera, son de barro... y están hechos de la nada," como dice la Sagrada Escritura.—"La fuerza y santidad de ese "Niño de palo" y de la cruz que ostenta ese "trompo," consisten en la moral que simbolizan y en el Sacrificio, que recuerdan; consisten en que ayudan á desarmar la ira, á templar la concupiscencia, á hacer al hombre hombre....

—¡Y el que usted hable así consiste (interrumpió Vitriolo) en que es barbero del Señor Obispo, desde que Su Ilustrísima desempeñaba un curato en Vizcaya!....

—¡A mucho honra! (contestó el familiar, conteniendo con su noble actitud las risotadas de unos y el movimiento de indig-

nación y retirada de otros:) ¡Es muy verdad que sigo afeitando á mi señor y padre, el cual me sacó de la miseria cuando la guerra civil me dejó pidiendo limosna; pero eso no quita para que yo... yo... (que sería muy capaz de ahogar á usted entre mis manos, si no me lo impidieran mis ideas religiosas) me complazca en pedir á Dios que tenga misericordia de su alma de usted!

—¡Bien dicho, señor Cura! (exclamó el Capitán). ¡Deme usted esos cinco!

—¡Palabras de carlista! ¡Estratagemas de apostólico! (replicó el boticario): ¡Por todas partes se va á Roma!

—Lo mismo diría y haría, (repuso el teólogo), si fuera judío, moro ó protestante. Yo no defiende aquí ahora ninguna "religión" determinada: defiende la religiosidad en abstracto, el temor de Dios, el amor al hombre...—En fin, lo perdono á usted, y me marchó...—¡Usted abrirá los ojos con el tiempo!

Vitriolo conoció que quedaba mal, y trató de detener al diácono, diciéndole á toda prisa:

—¡Defiende usted las tinieblas! ¡Defiende usted la Inquisición y el fanatismo! ¡Defiende usted la mentira, pro-